

LA GORRA DE HIELO

Jesús Gómez

Tres de nuestros compañeros la habían hecho días atrás; les había gustado mucho. Decidimos ir un día. A Pedro le apetecía hacerla, el resto que estaba con nosotros querían abrir un nuevo itinerario en el Enma María, así que decidimos ir solos.

Sopla el viento muy fuerte. Son las 3,30 h. Nos cuesta decidirnos, tenemos pereza; por fin con un gran esfuerzo nos levantamos y tras el típico desayuno nos juntamos con nuestros compañeros del Enma María para cruzar el glaciar.

Cinco lucecitas van moviéndose bajo las estrellas, tropezones y más tropezones nos ponen al borde del glaciar. No se ve nada, pero Posa tiene un buen olfato y nos abre el pasillo para cruzar. Los cruji-dos del glaciar no nos impresionan, no es la primera vez que pisamos a este gigante dormido y sabemos que con cuidado no se despertará.

La claridad se empieza a notar en el horizonte. Una parada, nos decimos ¡suerte a todos! Nos separamos de nuestros colegas.

Paso tras paso nos ponen con las primeras luces en unas grietas, enfrente de la arista por la que queremos escalar; con un pequeño rodeo hacia la izquierda y una metida de pata, nos ponemos debajo de un muro de hielo. Nos atamos y para arriba. Hasta no haber pasado los primeros diez metros no me quito el susto del cuerpo, luego parece que voy más a gusto. Por fin una reunión y Pedro sube, silba, golpea, sopla, pero en seguida está conmigo. Me dedico a hacerle unas fotos mientras sube, él no ha podido subir el tomavistas que se ha roto días antes.



Foto Jesús Gómez

El hielo es vítreo y se rompe con facilidad Gorra de Hielo.

El hielo, como en todas las escaladas que hemos hecho, es vítreo y se rompe con facilidad; seguimos subiendo y comentando lo precioso de la escalada; nos gusta. Aprovechamos las buenas reuniones para mirar hacia la salida del corredor que querían abrir nuestros compañeros, pero no les vemos.

Estamos ya muy altos, las dificultades parecen hacerse mayores y con mucho ojo vamos progresando, no sin comentar que en esta parte el hielo parece tejas, se encuentra superpuesto en grandes placas.

Escucho un quejido de Pedro; no es nada, se le ha caído una «teja» en la rodilla y le ha hecho daño.

La cumbre está cerca. Decidimos ir un poco a la derecha y meternos en un largo de roca, puesto que el hielo aquí encima nos parece muy peligroso.

Sube Pedro de nuevo por el hielo y al acabarse la cuerda comienzo a subir.

Cuando veo a mi compañero me alegro, me está asegurando desde la cumbre. Fotos, miradas y, después de un rato de descanso, el descenso.

De los seracs para abajo ya lo conocemos pero hasta los seracs tenemos que buscar la vía, cruzando bonitos parajes en los que formaciones de hielo nos recuerdan a las estalactitas de una cueva. Seracs, rapeles y, por fin, de nuevo en el glaciar. Buscamos las huellas de la mañana a lo lejos y tras subir y bajar entre grietas, llegamos a la base de material, donde pensamos encontrar a alguien pero estamos solos, ni los americanos han subido hoy. ¡Bueno! Tomamos agua, comemos un poco y después de un rato, tras las rocas, aparecen Txema y al poco, José. Hablamos, comentamos un poco la escalada. Llegan los americanos, dos tíos y una tía, simpáticos, muy majetones. Charlamos un rato y decidimos bajar ese día al Campo Base para descansar. ¡Hasta luego, agur!